

NIGEL RODGERS - MEL THOMPSON

# Locura filosofal

TRADUCCIÓN DE ALBERT FUENTES

  
**melusina**

## INTRODUCCIÓN

«Toda gran filosofía es la confesión de su creador y una especie de memorias involuntarias.»

FRIEDRICH NIETZSCHE

«Quien piensa en grande, en grande debe errar.»

MARTIN HEIDEGGER

**D**urante los últimos dos mil quinientos años, los filósofos se han enfrentado a una pregunta recurrente: ¿qué relación guarda su pensamiento con la vida fuera de las aulas? Sócrates —maestro de Platón, a quien tradicionalmente se considera el filósofo más grande de Occidente— proclamaba que una vida «sin examen propio o ajeno no merece ser vivida» y pasó su vida deambulando por las calles de Atenas intentando convencer a sus conciudadanos atenienses de que examinaran sus propias vidas para así poder cambiarlas. Pero su ejemplo difícilmente resulta alentador. Los atenienses, finalmente agotados por sus preguntas incessantes, le condenaron a muerte en el año 399 a. de C.

Asustados por el destino de Sócrates, los filósofos, con Platón a la cabeza, huyeron a la Academia —Platón fundó la primera Academia *fuera* de la ciudad a propósito— decididos a mantenerse al margen de la política de su tiempo. En *La República*, su decálogo para una buena sociedad, Platón sostenía que *sólo* los filósofos estaban realmente en condiciones de gobernar, ya que sólo ellos serían completamente racionales y capaces de reprimir sus bajas pasiones y percibir el verdadero bien. Pese a que *La República* fue concebida como un ideal que no podía hacerse realidad en la tierra, Platón no pudo re-

sistirse a volver a la política. Visitó en no menos de tres ocasiones la corte del tirano Dionisio de Siracusa, en Sicilia, con la esperanza de despertar el amor por la filosofía en el hijo de Dionisio, Dionisio II. El resultado fue desastroso. El joven Dionisio se convirtió en un simple tirano con pretensiones filosóficas y perdió el trono, en parte porque no podía refrenar su apetito sexual. (Su padre, lúcidamente, le había prevenido contra las mujeres de otros hombres, pero fue en vano.) Platón apenas si pudo escapar con su propia vida, mientras que Siracusa quedó sumida en una guerra civil interminable. Tras lo ocurrido, gran parte de los filósofos prefirió apartarse de la política durante años, con algunas excepciones ridículas, como la de Demetrio de Falera, breve dictador de Atenas, que no hacían sino confirmar que filosofía y política casi nunca van de la mano.

Los filósofos no son sabios ni santos que lleven vidas de intachable virtud, y nunca han pretendido serlo. Sus discusiones son intelectuales y sus flaquezas personales no invalidan automáticamente sus conclusiones. Pero si los filósofos no son sacerdotes, tampoco son artistas de ninguna clase que puedan reivindicar una absoluta disociación entre sus vidas y sus obras, y cualquier reivindicación en este sentido debe cuestionarse. Artistas, músicos y poetas pueden comportarse escandalosamente mal y aun así ser considerados como grandes poetas, músicos, pintores, etc.; es más, a menudo su mala conducta realza su reputación póstuma. Lord Byron no sería en absoluto tan famoso de haber llevado una feliz vida conyugal, yéndose a la cama temprano y sobrio, en lugar de la vida picaresca que tuvo. Si Picasso hubiera sido fiel a su primera mujer, su fama y posiblemente también su arte se podrían haber resentido. Y en cuanto a Wagner... Wagner sedujo a las mujeres de sus amigos y de sus mecenas, y vivió a costillas de quienquiera que le proporcionase los medios para una lujosa vida de sibarita. Ello incluía a sus admiradores judíos, aunque el

## INTRODUCCIÓN

propio Wagner fuera el precursor de un antisemitismo furibundo. Aun así, compuso música que le convierte en «quizá el mayor genio que haya existido jamás», según Auden, una música que, pese a todos los acontecimientos ulteriores, ha sido amada e interpretada incluso por músicos judíos, desde Mahler a Daniel Barenboim.

Sin embargo, esperamos de los filósofos, y no sin razón, un comportamiento más noble y sabio, que demuestre que al menos algunos de ellos aspiran a vivir a la altura de sus ideales. La palabra filósofo significa amante de la sabiduría, lo que sugiere una búsqueda erudita y desinteresada de la virtud o la verdad, con independencia de cómo sean definidas. Son muchos los que han vivido a la altura de este ideal. En la Grecia antigua, Zenón de Citia, el primer estoico, y Epicuro, el fundador del epicureísmo, eran como la noche y el día en el plano intelectual y, sin embargo, sus vidas son comparables en cuanto a lo rotundo de su virtud. Spinoza en la Holanda del siglo xvii y Kant en la Alemania del siglo xviii fueron hombres especialmente honestos y discretos. Si bien Spinoza llevó una vida de ermitaño, de hecho la soledad le fue impuesta por sus osadas opiniones que causaron escándalo en todos los campos del saber de su tiempo. Kant, quien vivió en tiempos más cómodos, era un hombre sumamente sociable que agasajaba con regularidad a un pequeño círculo de amigos y colegas. Ambos sortearon sabiamente la tentación de participar en el debate público. A pesar de que les fueron ofrecidas plazas de profesor en universidades de prestigio, prefirieron el elogio o la crítica de unos pocos colegas y estudiantes a la adulación de los poderosos o, en términos actuales, de los medios de comunicación.

Sin embargo, otros filósofos —en ocasiones los más célebres— han sucumbido a la tentación. La atracción de la fama, el sexo o el poder —y a veces las tres cosas, aunque el dinero, en una grata sorpresa, casi nunca figura en la lista— les ha de-

ribado de sus torres de marfil y les ha obligado a emplear su brillantez intelectual en un mundo que no tiene en gran estima los quehaceres de teóricos. En unas ocasiones, porque se portaron mal, en otras, lamentablemente, porque los filósofos, aunque vivan endiosados en la esfera intelectual, pueden convertirse en niños quejumbrosos en el mundo del poder y el dinero. El caso más lamentable, o el peor, puede ser el de Martin Heidegger, quien en 1933 abandonó su refugio en la Selva Negra para convertirse en un notorio propagandista del régimen nazi. Su fervor filo-tiránico no le benefició ni siquiera con los nazis, quienes, como en casi todas las dictaduras, preferían la mediocridad aquiescente al genio superlativo pero excéntrico. De hecho, Heidegger padecería las consecuencias de su breve trayectoria en 1933 en el cargo de rector en la universidad de Marburgo, pero jamás en los treinta y tres años que vivió tras la caída del Tercer Reich reconoció su error. En el extremo opuesto del espectro político, Jean-Paul Sartre, el guía existencialista de tantas personas a mediados del siglo xx, actuó durante años como paladín del comunismo soviético cuando los horrores del Gulag ya habían sido revelados.

La política no es el único ámbito que a menudo se demuestra incompatible con la filosofía. Tras terminar en 1913 su monumental *Principia Mathematica* en colaboración con Alfred North Whitehead, Bertrand Russell sintió que le asistía la razón para pronunciarse concluyentemente sobre cualquier problema humano menor, especialmente el matrimonio, la educación de los niños y las relaciones sexuales. Era un escritor prolífico —se estima que escribía una media de dos mil palabras diarias— a quien gustaba dictar justicia según la interpretación de un hombre progresista de principios del siglo xx. Pero su vida conyugal distaba mucho de ser ejemplar. Tres amargos divorcios dejaron como saldo corazones y familias rotos y afectaron a algunos de sus descendientes de manera tan

## INTRODUCCIÓN

desastrosa que sus vidas terminaron literalmente arruinadas. Sus numerosas aventuras amorosas le granjearon el apodo de *Philosophical Rake* (el Calavera filosófico) o *Dirty Bertie* (Bertie el Sucio). Incluso sus opiniones políticas podían ser erráticas. Aunque se hizo célebre liderando las campañas contra el armamento nuclear y, mucho antes, por haberse declarado objetor de conciencia durante la primera guerra mundial, no resulta tan conocida su exhortación a una guerra nuclear preventiva contra la Unión Soviética en la década de 1940, en tiempos en que los rusos no disponían todavía de sus propias armas nucleares.

Otros filósofos, que no muestran ningún interés por la política o la vida pública, han preconizado opiniones que por escrito suenan estimulantes y convincentes y, aparentemente, versan sobre nuevas visiones del mundo. Sus seguidores mejor hipnotizados tienden a reverenciarlos como profetas o gurús infalibles. Ludwig Wittgenstein dominó la vida filosófica de Cambridge durante los años treinta y cuarenta merced a su autoridad carismática e influyó en tal medida en sus seguidores que éstos incluso copiaron su estilo en el vestir. Su vida fue deliberadamente austera. Wittgenstein rechazó su inmensa fortuna familiar e incluso declinó las modestas comodidades al alcance de un universitario en favor de una vida de ascetismo cuasi monástico. No es una actitud indefendible; muchos místicos y santos han rechazado los vínculos personales y la riqueza para concentrarse en sus visiones, y Wittgenstein, por temperamento, puede contarse desde luego entre los grandes ascetas de la historia. Pero en una orden verdaderamente monástica, semejante exhibicionismo autoflagelante se controla y canaliza *ad majorem gloriam Dei* (a la mayor gloria de Dios, y no del monje). En el caso de Wittgenstein, quien en una ocasión solicitó su ingreso en un monasterio pero fue rechazado porque se consideró que no era un candidato idóneo, aquel ascetismo se tradujo por varias vías en una vida personal árida

y estéril. El fanatismo y, a veces, la violencia física con que expuso su pensamiento sumamente sutil y profundo fueron el producto de una vida interior mutilada. Lejos de «enseñar a la mosca cómo salir de la botella», según afirmaba en una de sus incomparables metáforas, arruinó la vida de muchos de sus discípulos. Sólo unos pocos consiguieron pese a todo convertirse en filósofos tras haber sido amedrentados y avasallados por su ídolo.

Si es posible, los filósofos prefieren ignorar cualquier conexión que se trace entre vida y obra y deplorarla cuando no les queda otro remedio. La filosofía, mientras se concentró en los problemas epistemológicos (relativos a qué pensamos y cómo lo pensamos), en la lógica y la lingüística, pudo permanecer a salvo en el ámbito académico. Sin embargo, con la atención que últimamente se concede a la ética, se ha visto obligada a salir de nuevo de los claustros. A la par, algunos libros y series de televisión vienen presentando la filosofía actual en manuales de autoayuda que parecen variantes de la técnica Pilates o del «aprenda a adelgazar comiendo». Pero la filosofía no admite este tipo de transformaciones, ya que es un campo ambiguo y potencialmente peligroso para los incautos y no una «sopa de pollo para el alma» o la mente.

Probablemente no exista filósofo más peligroso para el incauto que Friedrich Nietzsche. Sin duda, ninguno le supera en popularidad o, incluso, en presencia en la cultura de tendencias. Su fama eclipsa la de Marx y todos los demás pensadores, y los libros sobre su vida y obra salen en tropel de las editoriales. Tan psicólogo como filósofo, escritor de aforismos y jamás constructor de sistemas, este funámbulo (para tomarle prestada una imagen predilecta) se jactaba de haber pulverizado las tablas de la Ley. Insistía sobre todo en que era un *Ja-sagender*, alguien que decía sí a la vida y desmentía a quienes la negaban, no sólo en la tradición judeocristiana, sino también en la platónica o la budista, entre otras muchas. A menudo lo

## INTRODUCCIÓN

hizo de la manera más brutal imaginable, como cuando elogiaba a déspotas como César Borgia, quien encarnaba su ideal aristocrático y *übermenschlich* (super-humano). Nietzsche ultrajó a propósito el cristianismo de su familia, y redoblaría su empeño fustigador al triturar las opiniones desastrosamente negativas que el cristianismo mantiene sobre el sexo.

Nietzsche ha sido acusado de muchas cosas, incluso de haber sido el «padrino del fascismo», una acusación que reaparece de vez en cuando. Sin embargo, a Nietzsche no puede acusársele de promiscuidad, ya que su vida sexual prácticamente fue inexistente. Su única aventura remotamente seria fue con Lou Salomé —en lo físico, no pasó de darle un beso en la mejilla— y terminó en un rechazo humillante. Si no hubiese muerto con toda probabilidad de sífilis, no habrían faltado motivos para creer que murió virgen.

«Las almas más grandes son tan capaces de los mayores vicios como de las mayores virtudes», observó Descartes. Quienes busquen en la filosofía una guía de perplejos deberían ser conscientes de que, además de iluminar, la filosofía puede también burlar y engañar. El comportamiento de los filósofos, unas veces malo, otras deplorable, y de vez en cuando simple y llanamente loco, tal vez no constituya exactamente una «especie de memorias involuntarias», pero raramente no guarda *ninguna* relación con sus ideas. A veces sus vidas afectan o dan forma a sus pensamientos directamente.

Por ello, deberíamos examinar de qué modo vivieron sus vidas algunos de entre los más grandes filósofos —y, sin duda, lo eran—, y en qué medida sus opciones vitales confirmaron o invalidaron sus ideas, antes de seguir sus consejos sobre cómo conducir la nuestra.